

ALCANCES DEL MUNDO NOVELÍSTICO DE PÍO BAROJA

—¿Y qué? —replicó Andrés—. Uno tiene la angustia, la desesperación de no saber qué hacer con la vida, de no tener un plan, de encontrarse perdido, sin brújula, sin luz adonde dirigirse. ¿Qué se hace con la vida? ¿Qué dirección se le da? Si la vida fuera tan fuerte que le arrastrara a uno, el pensar sería una maravilla, algo como para el caminante detenerse y sentarse a la sombra de un árbol, algo como penetrar en un oasis de paz; pero la vida es estúpida y creo que en todas partes, y el pensamiento se llena de terrores como compensación a la esterilidad emocional de la existencia.¹

Esta afirmación de Andrés Hurtado, el personaje principal de la novela *El Árbol de la Ciencia*, nos revela un estado de incertidumbre rayano en la desesperación. Únese aquí el estudio de la filosofía kantiana con el ardor propio de la juventud que ostenta Andrés. Al descubrir que el sistema filosófico tradicional era puesto en serios aprietos por el sutil hilado de la nueva filosofía, no le cupieron dudas al joven estudiante de medicina aficionado a las lecturas filosóficas, en adherirse con cuerpo y alma a la novedad. Quizás el impulso agente estuviera dado por el descubrimiento de una nueva tesis que hacía oscilar sistemas aceptados y afinados durante siglos, quizás por el hecho de tratarse de un joven sediento de verdades, pero de verdades asequibles y conformes a un espíritu joven harto ya de aceptar imposiciones dogmáticas y ávido de intervenir personalmente en un quehacer filosófico que lo satisficiera. Es posible, también, que su disconformidad surgiera de su alma atormentada, más afín con los altibajos emocionales que con la frialdad o medida de la razón.

Lo cierto es que se enfrenta una fuerte personalidad con una vida no canalizada hacia un fin u objetivo determinado. Nos hallamos ante una psique pujante que al no poder enfilarse hacia un plano de acción claro o más o menos claro, corre peligro de inclinarse hacia el plano del emotivo constante, presa fácil de la desesperación. A este grado ha llegado Andrés Hurtado cuando dice tener *la angustia, la desesperación de no saber qué hacer con la vida*. Pareciera que no puede subordinar la emotividad a un cierto autocontrol mínimo, necesario para hacer frente a la vida.

¹ Pío Baroja, *El Árbol de la Ciencia*, O.C., II, 509.

El joven halla o quiere hallar en la filosofía moderna una excusa o apoyo para todas sus dudas respecto del mundo y de la vida. Pero no se trata de un filósofo circunspecto, se trata más bien de un apasionado dispuesto a seguir adelante en su íntimo debate y a tomar de Kant, Schopenhauer o Nietzsche una teoría, un pensamiento que le pueda servir de base para continuar en su exaltación.

Exaltación dañina que se debate entre el árbol de la vida y el de la ciencia. La metáfora de procedencia bíblica le sirve para, en su desesperación, acusar al mundo que lo rodea de estar más ávido del fruto del árbol de la vida que del de la ciencia. Quiere independizarse de *la confianza, el optimismo y el oportunismo* que cree definen el *carácter semítico* —sin olvidar que para él existe un semitismo judío, cristiano y musulmán.

Cree en la ciencia que *marcha adelante, arrollándolo todo*. Cree en el árbol de la ciencia que poco a poco se hace más visible, a medida que se le aparta el árbol de la vida que lo ahoga.

Este hombre joven que se siente asfixiado por un mundo extraño a sus sentimientos y modos de pensar halla insospechada felicidad en el matrimonio con una mujer poco filósofa, pero de mucho sentido común. Alguna sombra, sin embargo, lo intranquilizaba. *Muchas veces se le figuraba que en su vida había una ventana abierta a un abismo. Asomándose a ella, el vértigo y el horror se apoderaban de su alma.*

Veía en los hombres que lo rodeaban un enemigo o envidioso u ofendido por su dicha. Se sentía tan feliz que tenía miedo, miedo de que esa ventana al abismo se abriera y lo arrastrara. Había llegado al estado de serenidad y equilibrio que el novelista compara con la ataraxia, ausencia de pesar, tranquilidad, calma, anhelo de los epicúreos y estoicos.

El desequilibrio volvió en forma de hijo. La gestación hizo una parte y otra el difícil y estéril parto. La muerte del niño que arrastró tras de sí a la madre colmaron la infelicidad de Andrés. La ventana del abismo se había abierto y por ella se precipitó en alas del suicidio. Había terminado el ciclo.

El comentario lo hemos hecho a propósito de *El Árbol de la Ciencia*, una de las más acabadas novelas de Pío Baroja. Bien aprovechadas están aquí las circunstancias de conocer el autor el ambiente médico y las miserias del hombre en cuanto espíritu, si se dan por descontadas las corporales.

Se nos presenta el tema de la cosmogonía, pero resulta mucho más interesante y además más importante para la economía de la novela el tema de la moral, puesto que inclusive cuando se presentan o debaten problemas cosmogónicos, étnicos, religiosos o sociológicos, detrás está siempre un problema ético, sin perder por ello su otro y primer valor.

Aquí los temas problemáticos rozados en muchas novelas adquieren la jerarquía de problema filosófico. Su solución se orientará hacia la doctrina kantiana y el pensamiento de Schopenhauer.

Lo que es notable es el clima de existencialismo presente en toda la obra, manifiesto por esa lucha interior que a poco se convierte en *agonía* que no se soluciona y lleva a la angustia, a la desesperación, para terminar en el suicidio.

El planteamiento de vida versus ciencia adquiere real inquietud. ¿Cuál de los dos árboles es más importante? Hasta ese momento lo fue el de la vida. ¿Será posible o será conveniente que lo venza el de la ciencia? También esto es peligroso, pues la ciencia *arrastra* todo, inclusive al hombre.

La trama dictada por las circunstancias no se da centrada en un hilo previsto con antelación a la confección de la novela. Por el contrario, parece más bien un aditamento de hechos, aunque tras el aparente *desdén* hay un orden dado por las ideas que centran la obra.

Estas ideas pueden ser —como lo declara el narrador— epicúreas o estoicas, pero —sostenemos— es innegable el escepticismo siempre presente que tiñe las soluciones de los arduos problemas filosóficos sacados a la luz en el decurso de la novela. Se trata, no obstante, de un escepticismo y de una angustia muy cercanas al Romanticismo. Nunca perdió Baroja sus raíces románticas. Fue romántico porque nació y creció en la última etapa del Romanticismo español, pero más lo fue por sus afinidades anímicas con el movimiento.

...La agitación en el antro se había calmado, y todos, hombres y mujeres, formando parejas, estaban en la fila. Juanes de Goyburú comenzó a tocar el aire más saltarín y endiablado de su repertorio; Sansín llevó el acompañamiento, y la larga cadena, como una serpiente que desenvuelve sus anillos, salió de la cueva aullando, gritando, lanzando "irrintzis" salvajes al aire y saltando por el campo. La luna comenzaba a iluminar la tierra. Pasaba la fila por los prados, por los bosques, como un huracán. La flanqueaban las "sorguiñas" con hachas de viento en las manos; los perros la seguían ladrando...²

Al son del tamboril y el pito y al compás del tambor la heterogénea reunión ordenada en fila ahora por los confusos sentimientos de fetichismo y sensualidad parte de la cueva de Zugarramurdi y se lanza a los campos

² Pío Baroja, *La dama de Urtubi, Cuentos*, O.C., VIII, 619-20.

en diabólicos bailes y rondas que asustan a los campesinos y hacen huir a los animales. Tras las etapas que marcaban desenfrenados bailes alrededor de fogatas, proseguían el camino por los prados y montes, carcajadas, gritos, silencios, hasta llegar al prado elegido para el aquelarre. Las sombras de la noche, las sombras de los árboles, la luz de la luna, la luz de las antorchas que rodeaban el improvisado altar del macho cabrío allí presente, ponían notas de color infernal y fantástico a la extraña asamblea.

Es el tema de Vasconia y sus tradiciones. Un tema extraño pero adentrado en la tradición secular y en los raros ritos de los antepasados vascos. La narración termina con la intervención violenta de uno de los embozados asistentes que da muerte al endiosado animal y, por ende, súbito fin al aquelarre para, con sus amigos, salvar de la perdición a una doncella. Los reyes del aquelarre, tiempo más tarde, irán a parar a manos de la Inquisición de Logroño. La doncella se casará con su salvador. Sin embargo, lo que más impresiona de la narración, es el ambiente de sorguñías recreado con pluma maestra por un conocedor de la historia y tradiciones de su pueblo.

Las brujas quedan en la mente del lector y el enfrentamiento de los cultos paganos y cristianos, a veces confundidos en un solo rito en honor de los instintos primitivos, dibujan a un pueblo en la lejana historia cuando no se sabe en qué momento se ha convertido en leyenda.

El novelista vasco ama su rincón español y le levanta perenne homenaje cuando en sus narraciones lo trata. Las leyendas, la historia, las costumbres, la arquitectura, la geografía, la etnografía, el paisaje vasco llaman su atención y los traslada al lector.

Su trilogía que titula *Tierra Vasca*, formada por *La Casa de Aizgorri*, *El Mayorazgo de Labraz y Zalacaín*, *el Aventurero*, por citar el núcleo novelístico de ambiente vasco, expresan con inusitada claridad su preocupación al respecto. No se crea, no obstante, que esta preocupación queda reducida a la trilogía nombrada. Casi constantemente, en su enorme producción, las reflexiones o las referencias sobre aspectos de la Vasconia o de su pueblo afloran en la narración. Recuérdense —citamos ejemplos fácilmente reconocibles— *El Mundo es Así*, *Las Inquietudes de Shanti Andía*, *Vidas Sombrías* y las ocasiones numerosas en que en sus *Memorias de un Hombre de Acción* —veintidós volúmenes— donde el personaje favorito de Baroja es el conspirador Aviraneta, el autor vuelve sus ojos al país vasco.

Martín Zalacaín, Shanti Andía, Manuel Alcázar, César Moncada, Sacha Savarof, Eugenio de Aviraneta, Silvestre Paradox, Fausto Bengoa, son de esos nombres que quedan en relieve después de frecuentar la obra barojiana.

Protagonizan novelas distintas y, sin embargo, algo los une: el común denominador de la aventura.

Se trata de personajes impulsivos que se lanzan a la acción y que afrontan las dificultades que consecuentemente se suscitan. El aventurero vive el presente y no le preocupa el futuro ni el pasado. No es autor de agendas ni de memorias. Todas sus energías se plasman en el momento presente que vive, cada momento centra un episodio de su vida, que no es otra cosa que adición de episodios. Su único interés es la acción por la acción misma, para satisfacer esa necesidad que le brota de lo más íntimo.

Parecerá natural que entre los aventureros hayamos incluido a Zalacaín, contrabandista, hombre activo en el peligroso trabajo de comisionado político o mercantil en tiempos de guerras civiles, o a Shanti Andía, marino, como su ascendiente Juan de Aguirre, ambos de linajudo coraje de lobos de mar. Creemos que los otros personajes también son aventureros aunque de distinto modo. Así calificamos de *aventurero arrabalero* a Manuel Alcázar, el protagonista de la trilogía *La lucha por la Vida*, donde Baroja a través de las tres novelas que la forman —*La Busca, Mala Hierba y Aurora Roja*— insiste en mostrarnos el arrabal madrileño de fines de siglo pasado y de principios del presente de un modo preferentemente naturalista. Se disputan constantemente el primer plano de la narración el personaje principal y el elemento ambiental en que se suceden las acciones. Parece ser el arrabal el personaje que mueve los hilos de las vidas y sucesos que lo pueblan, es él quien dicta las sentencias de miseria, desesperación y muerte que deambulan en busca de víctimas propiciatorias.

Manuel es el prototipo en el mundo de golfos que pueblan el arrabal matritense. *El golfo no pertenece a una sola categoría social; es un detritus de las distintas clases sociales..., es un hombre desligado por una causa cualquiera de su clase, sin las ideas ni las preocupaciones de ésta, con una filosofía propia, que es, generalmente, negación de toda moral.*³

El golfo es el pícaro español del siglo XIX y del siglo XX. Si la novela picaresca española tuvo en su mejor época obras como *El Lazarillo de Tormes* y el *Buscón* que la llevaron a la fama universal, podemos decir que en el siglo XX renace con autores como Baroja. El pícaro se llama ahora golfo. No se los debe identificar. Las centurias que median entre uno y otro no han pasado en balde. Pero ambos tipos de novela tienen características comunes, como la del realismo: todo lo que se ve y se siente va al

³ Pío Baroja, *Patología del Golfo*, en *El Tablado de Arlequín*, O.C., V, 55-56.

papel, sin disminuir su crudeza. El arrabal con sus muchas miserias y sus pocas alegrías está fotografiado en las descripciones. Sus callejas y callejones tortuosos, poco iluminados, malolientes; sus conventillos, paradores, tabernas y burdeles: sus hombres, mujeres, viejos y niños vestidos con andrajos, mugrientos, entecos y famélicos. Todo esto se hace presente en la descripción novelesca, desnuda de eufemismos y lenitivos.

El mismo hambre que identificaba a la picaresca se hace presente en el arrabal del golfo. Con una diferencia, el famélico pícaro llegaba hasta la broma y el chiste en base a su necesidad fisiológica, el golfo ha perdido ese optimismo. Ambos nacen, viven o mueren con hambre, pero distinta es en ambos la manera de sobrellevarlo. El pícaro era optimista, el golfo es un resentido o un resignado. El héroe del arrabal espera que un hecho inopinado le brinde la fortuna que no tiene y desea. Su quehacer es lanzarse, para ver qué pasa, incluso en sus negocios no edificantes que pueden llevarlo a la riqueza o a la cárcel y la muerte.

César Moncada se nos aparece como el *aventurero político* que reviste al mismo tiempo las calidades de caudillo, diputado de obligación, politiquero. Es el oportunista que aparece circunstanciado en muchas novelas de Baroja, pero que encarnado en César se tñe lo suficiente como para convertirse antes que nada en héroe de aventuras.

Cuando el personaje central de *César o Nada* llega a la conclusión de que sólo la acción, el esfuerzo y la lucha pueden conducir al hombre al triunfo,⁴ se decide a actuar. Supo llegar, aprendió en la intrincada selva de las ambiciones e intereses políticos hasta convertirse en amo regional absoluto y, a veces, en influyente árbitro de la política nacional. Su volubilidad política, su enriquecimiento sin reparar en medios, su muerte a tiros son jalones claros en la vida de este aventurero consciente. Medita antes de actuar. Da al sino sólo lo que él no puede prever. Pesa bien los pro y los contra de sus objetivos. Un espíritu ambicioso ilimitado. Quiere hacer algo grande, busca la coyuntura, cree encontrarla, se aprovecha de ella para ascender sin importarle los medios, pero cae ruidosamente.

Sacha Savarof, en *El Mundo es Así*, representa la *mujer aventurera*. No se trata de aventurera al estilo de la Monja Alférez, sino de una aventurera de este siglo XX en que vivimos. Quedan, pues, descartadas las acciones violentas y terribles con las cuales se suele rodear a las heroínas de aventuras.

⁴ Cfr. Pío Baroja, *César o Nada*, O.C., II, Cap. III.

Sacha vive una vida amojonada por los padecimientos y sinsabores. Pretende conducirse *motu proprio*, pero es el azar quien la lleva de la mano; a veces, la convierte en muñeco. Cuando cree que la aventura va a terminar y podrá escapar de lo inopinado, nace otra y se siente nuevamente en brazos del hado. La vida en sí es una aventura y hay que vivirla, *no se puede parar, hay que seguir marchando hasta el final.*⁵

Eugenio de Aviraneta, el conspirador, con un pie en la historia y otro en la leyenda, Silvestre Paradox, héroe de un mundo de fantasía risueño e irónico, Fausto Bengoa, timorato burgués y diletante, personaje central de *Los Últimos Románticos* y *Las Tragedias Grotescas*, a quien llamaremos aventurero anodino, terminan la breve galería de personajes prototipos que señalan a Baroja como un novelista de hombres en acción.

Estos tipos característicos y los hechos que protagonizan revelan satisfacción y deseo muy íntimo por parte del autor de vivirlos de alguna manera. De otro modo no tendría explicación el amor que Baroja puso en su elaboración. Las numerosas novelas dedicadas a este tipo de temas, la delectación y detenimiento con que las escribe y la misma opinión del autor, expresa repetidas veces, dicen claramente de su afición.

Amaba la acción y como no pudo vivirla personalmente buscó otra salida, vivirla en sus novelas. Anciano ya, afirmaba con cierta nostalgia: *Yo creo que en la adolescencia y en la juventud pensaba que alguna eventualidad inesperada me lanzaría a una vida de aventuras un poco robinsonianas, y suponía que si era así no valía la pena de prepararse de antemano para algo concreto.*⁶

Baroja no se entregó a la aventura por la aventura, a la mera sucesión diversa para regocijo superficial del lector; ese camino lo hubiera llevado a ser algo así como el Salgari español. Nos parecería impertinencia recordar que no lo fue. Hay en Baroja una visión amplia y profunda, una convicción de que la vida consiste en una sucesión de aventuras cuyo sentido se nos escapa, esto confiere a la obra de Baroja temple de gran literatura.

A través de sus novelas e inclusive en sus ensayos, memorias y hasta en su escaso teatro y poesía hallamos constantemente la personalidad subyacente del autor, notamos el poderoso influjo que nace desde su pluma y se comunica a todos los resquicios de su obra. Su fuerte personalidad nutre la inmensa obra. Por eso afirmamos que la literatura barojiana no deberá

⁵ Pío Baroja, *El Mundo es Ansí*, O.C., II, 844.

⁶ Pío Baroja, *El Escritor según Él y según los Críticos*, O.C., VII, 431.

entenderse en tanto que novela o ficción solamente, sino, y esto es fundamental, como expresión de un hombre que piensa y que manifiesta sus pensamientos a través de la letra impresa, llámese novela, drama, ensayo, etc.

Baroja quiere ser original, pero así como le espantan el atraso y aquellos que se quedan a la zaga de los acontecimientos que el mundo vive, también siente repugnancia, valga el ejemplo, por los bohemios españoles que, *snobs* y *cursis*, pretendían haber hallado la última novedad en la literatura y en el arte y vivir en su seno.

*...esa existencia alegre, de amores fáciles, diversiones y fiestas, que se llama vida de bohemio, la llevan los señoritos ricos, los banqueros, pero nunca, o casi nunca, los escritores. Se puede colegir que la bohemia es una de las tantas leyendas que corren por ahí, una bonita invención para óperas y zarzuelas, pero sin ninguna base de realidad.*⁷

Quien ojee sus novelas se dará cuenta de la mucha erudición del autor. Extraña por su abundancia y por la variedad. La filosofía, la etnografía, la antropología, la geografía o la historia le son muy bien conocidas. Un aparte especial merecen la medicina y la literatura. La primera porque su carrera universitaria transcurrió en la Facultad de Medicina, la segunda porque la actividad de toda su vida fueron las letras.

No tuvo una formación humanística. Cuando inició medicina lo hizo sin vocación. Recibido de médico y después de ejercer breve tiempo la profesión decidió abandonarla. La suerte estaba echada: las letras llenarían su vida. En su afán por buscar y predicar la verdad, aunque duela, aunque incomode, va instruyéndose. Su preocupación por instruirse lo llevó a leer y estudiar las cosas más extrañas. Las artes mágicas y las tradiciones sobre ritos exóticos, brujerías y las pretendidas ciencias ocultas no escaparon a su avidez. A cualquier lector asiduo de Baroja no le quedan dudas de su erudición.

Sus muchos y variados conocimientos, su enorme lectura y su paciente meditación no menguaron, en ningún momento, su afectividad. Creo, al respecto, acertada la opinión de Marañón cuando dice que a Baroja *las cosas no le gustan o le disgustan, sino le entusiasman o no le entusiasman*.⁸ En efecto, para Baroja la verdad no sólo es ideal a conseguir, sino también imán que lo atrae, que lo *entusiasma*. Con ese entusiasmo, con pasión y, muchas veces, con vehemencia defiende sus opiniones. La serenidad del

⁷ Pío Baroja, *Final del siglo XIX y principios del XX*, O.C., VII, 680.

⁸ Gregorio Marañón, "El academicismo de don Pío Baroja", *La Prensa*, Buenos Aires. 28 de abril de 1935.

erudito se ve reemplazada en este escritor por el ardor de quien cree que la verdad debe triunfar, de quien es escéptico ante la realidad que se muestra tan llena de mentira. Su ardor, algunas veces, se trueca en tranquilidad sospechosa de ira cuando no en violencia.

Baroja, novelista filósofo, angustiado por el hombre y su destino, tierno amante de su tierra a pesar de sus repetidas y acerbas críticas, delicado cantor de sus paisajes y de su rincón vasco, admirador del hombre de voluntad e intrépido, no pudo representar en tanto que escritor un papel. Por el contrario, vivió y se encarnó en sus personajes novelescos y hoy la cifra de su vida vibra en un mundo imaginario, poblado, inquieto, vertiginoso, de múltiples alcances, pero identificable en la singularidad de su obra.

CARLOS O. NALLIM

Universidad Nacional de Cuyo.